

## PATRIMONIO CULTURAL

Escribe: LUIS LOPEZ DE MESA

Capítulo de su reciente publicación "Antioquia Ante el Destino". Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, Colombia, 1962.

A MENUDO se nos plantea a los colombianos de este medio siglo XX la inquietante aseveración de que somos culturalmente inferiores a nuestros abuelos de la centuria anterior decimanona, y yo conceptúo que no se puede dar respuesta unívoca, una respuesta que abarque la plenitud de todas las situaciones implícitas en la circunstancia nacional atinente.

Veámoslo un poco más a fondo.

Considerado aparte el grupo libertador de 1825, difícilmente podría discutirse su preeminencia heroica y prestantísima posición internacional ni su generosa virtud de sacrificio; considerado aparte el grupo letrado de 1870, nadie le negaría su evidente superioridad en literatura, filosofía, geografía, periodismo, ciencias naturales y aun arte de gobierno; vistas las cosas en conjunto, se descubre sin embargo inmediatamente que el promedio de cultura de la nación es ahora, por su extensión popular y la variedad de los conocimientos, muy más grande que entonces. Compulsados los hechos desde otro punto de vista, digamos la relación entre cultura y técnica, la ventaja de la actual civilización en economía y comercio, en el desarrollo de las ciudades y las comunicaciones, de las comunidades hogareñas y el comer, el beber o el vestir, verbigracia la ventaja, digo, de nuestra época es inconmensurable; en cambio en la estructura de la personalidad, en el carácter primordialmente, y en el orden moral, en la valentía y el idealismo, el triunfo de los abuelos es casi axiomático en nuestra historia. Ahora bien, prosiguiendo el análisis en el orden pragmático del estudio, ¿cuál de los dos ambientes de vida es preferible en cuanto felicidad personal y satisfacción de la existencia? Con más sufrimientos de penuria o desvalimiento en aquel, hubo, ello no obstante, mayor complacencia de vivir y mayor orgullo de ser que hogaño: conducto más noble, señorío más apreciado, generosidad más enaltecida, personalidad más propia y señera, es decir más substancial presencia del yo en el mundo. En cambio, hoy día tenemos al alcance de la inteligencia, de la voluntad y los sentidos un océano de maravillas inertes, de portentos que dejamos pasar inadvertidos o que, disfrutados, no nos enaltecen el gusto de existir

ni nos enalban de nueva sabiduría el espíritu, antes dejativa si no despectivamente, los valoramos inapetecibles o fútiles.

El mundo pues se nos ha envilecido un poco y el yo punto menos que diluído en su propia circunstancia efímera, en el accidente inane y el fenómeno. En la nihilidad de su envoltura óptica, de su atmosférica epidermis "vivencial" meramente.

Lo cual pudiera dejarse, un sí es no es despreocupadamente, a la disputa erudita de los académicos, si no fuese porque a tal minoración del ser del hombre y del mundo de los seres, acompaña un demérito de la moral y desapego de la buena conducta, y hasta un desaquerenciarse de su misma significación metafísica, de la función misional de su yo trascendente. De que resulta, ya en la órbita de la existencia común, el detestable desorden de las sociedades, un vivir sin pulcra conveniencia, un hedonismo zoomórfico de sopa y sexo, un todo para sí, y ese tal "sí" para nada.

Y como quiera que dicha estructura de la convivencia es absurda y "desde luego" insubsistente de suyo, vamos a enderezar la educación pedagógica de las nuevas generaciones hacia otro rumbo y aderezarla con normas eficientes, no sin advertir a los padres de familia y a los sacerdotes del común que el alcance efectivo de la acción escolar es muy breve, acaso de un diez por ciento apenas, porque no descuiden ellos la parte eminentísima que les incumbe.

Por el pronto, aprovechando las ceremonias festivas del sesquicentenario de nuestra emancipación antioqueña, intentamos producir una serie de obras informativas y educativas a la vez, que ilustren el criterio de los maestros de primera enseñanza y, adelante, el criterio mismo de sus educandos. Tal así, el elogio de los diez máximos modeladores de nuestra estirpe, a fin de que se vea de qué modo y con qué virtudes se llega a la inmarcesible gloria de ser un prócer de la patria, un padre espiritual pues de las venturas generaciones, un inmortal en espíritu, y este opúsculo, sabrosamente ilustrado y ágilmente entreverado de aforismos inolvidables, servirá de libro vicario o supernumerario de lectura infantil, y de materia supletoria de clase verbal ético-pragmática de los maestros, dentro de un horario conveniente.

En la segunda enseñanza, puesto que la sabemos careciente de eficiencia en la mayoría de los 300 institutos que de ella existen en Antioquia o sea, de "bachillerato" y normales, y puesto que proveerla de todo el profesorado eximio y adecuado material de enseñanza que la cultura contemporánea exige, no es hacedero por ahora, dotemos cada instituto de ella de un catedrático eminente, extranjero por ahora, mientras nosotros los formamos de esa notable aptitud cultural foránea, y no importa de qué asignatura especial por el momento, sino su eminencia en alguna y su formación general en las otras, en la certidumbre de que su acción catalítica, su actuación profesional ejemplarizante y su cotidiano coloquio con sus colegas y alumnos, alzará a buena cumbre la totalidad de la requerida instrucción, y nos deparará en consecuencia hábiles candidatos para la universidad o el magisterio, para la rectoría, en todo caso, de la amablemente pundonorosa comunidad futura. Tales posibles profesores



nes convivimos industrialmente, a riesgo de que nos eliminen del mundo económico y de la civilización material si no lo hacemos en grande y ahora, y contra viento y marea, y con leyes, y con gobernantes, o revolucionariamente desde la plaza pública. Amén de un instituto superior de ciencias puras y humanidades, matemáticas inclusive, naturalmente, que nos esfuerce los valores imprescriptibles de la convivencia, ora los tradicionales de nuestra cultura occidental, ora los nuevos de este turbonado espíritu de la época, pero algunos, míticos que sean, pero algunos, porque sin normas nada coexiste dignamente ni puede meramente existir siquiera, y yo me temo que nuestra gente colombiana, desvalida de leal enseñamiento, ande torpe entre la nada y la locura, entre la nada de su espíritu y la locura de imponer antisocialmente esa su pobre nada. Con hincapié en las ciencias matemáticas, por dar ritmo a nuestro discurrir interno y ordenamiento conciso a su expresión escrita, por ver de substituir nuestra costumbre literaria de divagar al tanteo, sobre la base pueril de un "a mi parecer", "supongo que", "quizás" o "dizque"... con genuina o por genuina disertación conceptual de nociones lógicamente concatenadas, con respuestas de certidumbre, así sea la honrada certidumbre de un "lo ignoro", engoznado en el respeto por la propia personalidad confiable y la del interlocutor o destinatario leyente. En un mundo intelectual y moral cotidianamente dirigido por la prensa y la radio, este saber por aproximación o de suposición y fantasía, nos edifica una mentalidad popular de telaraña y postizos, insegura e informe. Culturalmente amorfa. Moralmente débil.

De ahí pues que el primer planteamiento educativo sea el decidirnos por una enseñanza que tanto forme, por un saber de comportamiento tan conativo y sólido como el de conocimiento profesional. Solo así lograremos en las nuevas generaciones una personalidad de ritmo interior fecundamente sereno y una conducta exterior amable y firme. Segura de sí, amable y firme. La conducta de un hombre social auténtico.

Entretanto que se organiza esta educación suprema, proveamos a los defectos de la universitaria vigente en nuestra patria con algunos recursos de fácil añadidura lectiva. En primer lugar, atender a que las facultades estrictamente tecnológicas, como medicina, odontología, ingeniería, veterinaria, etc., destinen un par de horas matinales cada sábado de su período de estudios a enseñar, en la primera, la historia general de la cultura, que servida sabiamente por un profesor versado en ello y perito en la pedagogía de las disciplinas superiores, en los cinco años en que se cursa la respectiva materia, alcanza a imbuir en sus discípulos noción armónica del espiritual desenvolvimiento de la humanidad y normas acerca de la misión moral del hombre asociado, con un buen fermento de vocación por las ideas generales, que construyen una mente clara y son como ludentores mágicos de la persona. Esto sí, todo depende del buen escogimiento que se haga de estos maestros de la juventud. La segunda hora dedicar a la práctica del propio idioma, mediante la redacción de temas, para analizarlo estilística y gramaticalmente, con aportación de las normas del lenguaje y la lectura de los clásicos, lo que, progresivamente ordenado por un humanista de veras, dotará a sus alumnos de la muy graciosa virtud de poder expresarse correcta y fácilmente en cualquier asunto que luego solicite su entendimiento, y nos confirme de adehala el

prestigio de buenos hablantes del español que siempre enorgulleció a Colombia. Y no se piense ligeramente que el conocimiento profundo de una lengua es solo esbeltez de frase y garbo oratorio, lucimiento adjetivo apenas, porque harto bien conoce la psicología que la riqueza vocabular y estructural del habla habilita la razón para más sutiles y dilatados conceptos, y en contrario, que nada signa más certeramente de mediocre que el tartamudeo del medio centenar de locuciones coloquiales del común que la gente ignara usa a más no poder ni entender, desalumbradamente repetidas.

En las facultades de derecho, la cosa es de mayor envergadura, pues hace mucho que se resignan humildosamente a formar abogados de texto e inciso, sin la excelsitud de los procesos conceptuales filosóficos de la jurisprudencia, hasta el punto, ya culposo, de tenernos en grave orfandad de conductores luminares, de rectores auténticos de la república. El arduo debate de las candidaturas para cualquier posición política eminente nos lo dice, con creces de zozobra para el futuro. Y con todo, nada más hacedero que el torcerle el rumbo a esta decrepitud y salir afortunados a nuevos horizontes de coraje y de cordura. Por el principio, y mientras dotamos a las venideras generaciones del máximo instituto de humanidades, ciencias puras y matemáticas normativas que nos enserie de verdad nuestra cultura superior, acordémonos en ofrecer a las aspirantes del derecho un doble grado, a saber, el común que hoy obtienen con los actuales pénsumes y otro selecto mediante la intercalación en todos los correspondientes años lectivos de unas cinco o seis asignaturas de filosofía y letras, a saber: las dos materias anteriormente citadas del conocimiento del lenguaje e historia analítica de la cultura universal, como es obvio suponerlo, amén de otra lengua viva, inglés o alemán, verbigracia, para instrumento de lecturas, y del latín o del griego, optativamente, para mayor hondura en la génesis del espíritu histórico, o más de la filosofía y la historia del derecho combinadas. Si a estas cinco disciplinas fundamentales se pudiera añadir algo de matemáticas superiores, lógica, por ejemplo, tanto mejor, sino que no parece posible su cabida, ya que yo calculo este programa sobre la base de que a los estudiantes de derecho les sobra algo de tiempo útil en la tarde, y destinando una hora de la semana para cada una de estas asignaturas —durante los cinco años de la carrera, se entiende —tendríamos copadas las cinco tardes semanales disponibles. Al coronamiento de los estudios, los cursantes de este ciclo “opcional” recibirían diploma de jurisconsultos, diferente del de licenciados en derecho o de doctores en derecho y ciencias políticas que hoy se expide, o bien, otra calificación que ateste su más aquilatado mérito y surta efectos sociales estimulativamente retributivos, y ellos, en cambio, constituirían la pléyade o mucha parte de la pléyade, de los futuros timoneles políticos o jurídicos o pedagógicos de la nación.

\* \* \*

NO SE imagine usted, gentil lector, que fue nunca fácil, ni lo es ahora, acomodar en la sesera de nuestros congéneres los humanos cosa alguna disímil al consuetudinario ordenamiento de sus ideas, a la estructura rutinaria de su mente. El sociólogo vive de sorpresa en sorpresa y de perplejidad en perplejidad al advertir en la historia ecuménica del



pensamiento que el hombre vivió conceptualmente de mitos, a ellos condicionando las más preciosas instituciones suyas, idolatrando en ellos sin eclipse y por ellos muriendo a menudo heroicamente. Se puede probar por a. más b. que durante los diez mil años que lleva de cultura razonante, y del millón hacia atrás que vivió prelógicamente, ni un solo día se liberó de sus ficciones. Lo cual no constituye tampoco frustración grave de la inteligencia axiológica, puesto que esos mitos fueron espontáneamente elaborándose en símbolos de arcana significación, adquiriendo una verdad hipostática, una verdad emblemática, propiamente dicho, con enorme imperio conativo sobre la conducta normal de las sociedades, un Zeus, un Buda, un Mitra, un Sue, verbigracia. Más inquietante sin duda es el hecho de que la evidencia misma no siempre persuada asentimiento en las sociedades ni logre derrotar al absurdo en el corazón del hombre, o de que, al contrario, véase a menudo desposeída de su augusta potestad convincente.

Escribo estas cogitaciones al parecer improcedentes aquí, porque nunca pude incrustar en la práctica de los gobiernos ni de la comunidad siquiera, las tesis más indefectiblemente lógicas del mundo. Dígolo, por ejemplo, recordando que muchas veces sugerí al ministerio de educación que fundase una oficinita, y le dije dónde, de tres empleados, y le dije cuáles, para corregir previamente, y le dije cómo, los errores de lenguaje en que la prensa y la radio incurren por carencia de un órgano autorizado de información, instantáneamente accesible, o los dislates de pronunciación de voces o nombres extranjeros de incidental ocurrencia periodística. Algo así: de las cinco de la tarde a las siete de la noche, en un cuartucho de la Academia Colombiana, que existe, una empleada atiende a dos teléfonos para anotar las consultas, un perito en español resuelve las correspondientes a su cátedra, otro en lenguas extranjeras, la suya, o dictan las soluciones del caso para consultantes por correspondencia postal. Con buena propaganda al comienzo, a poco más todo periodista o locutor en trance de duda, se acogería a esta farmacia de sus dolencias glotológicas, y en diez años tendríamos una generación de gentes bien habladas con solo tres mil pesos mensuales: un Sutatenza cervantino al breve costo de un milésimo de centavo anual por alumno. Bueno... pues nadie quiso hacerlo, y ahí estamos crispados de inquietud oyendo cada solecismo en lengua propia o cada pronunciación inverosímil de nombre extranjero que hace sudar de angustia los muros de la Acrópolis.

En Medellín sería más difícil organizar este consultorio de las palabras, pero no imposible, y en todo caso, grandemente provechoso aun a medias.

Como sería fácil, y es urgente, que los periódicos más acaudalados ya o más patriotas, estableciesen un servicio de relación de conferencias culturales, con alguien que entienda del asunto, pues da grima que ese venero de cultura muera entre los muros de un auditorio de museo o paraninfo universitario, sin consecuencia para la instrucción de la muchedumbre ausente. Y da grima porque un conferenciante exprime en su hora de disertación no solo el jugo de su tema ocasional sino el reflejo de toda una vida de estudio. Y da grima, porque un juego de fútbol o una camorra de lenocinio o una competencia de hipódromo —¡ay, y esos lo-

cutores dicen “performáns” a la chilena, y aún se creen anglocastizos!— o sea lo meramente lúcido, les merece un par de columnas de emocionantes informes.

Ni sería tampoco baladí de suyo o periodísticamente inadecuado, encomendar a alguien que nos resumiese las mejores nuevas del progreso científico mundial, los portentos que las revistas técnicas o meramente divulgadoras traen a raudales y fácilmente inteligibles, por ver que nuestro pueblo no viva ayuno de la prodigiosa civilización foránea. No olviden los periodistas que la máxima diferencia entre el periodista del siglo XIX y el del siglo actual, información aparte, es que aquel solo tenía un editorial, que todos leíamos, y este cuatro editoriales, que nadie lee, y así es justo reforzar la instrucción con otras especies apetecibles. Y no es que temerariamente yo los acuse de pereza o impericia, sino que la humanidad dio un vuelco de una época de principios a otra de fenómenos, de una edad de sentimientos a otra edad de sensaciones, y tenemos que ingeniarnos para no disolvernos mentalmente en la incuria del espíritu. Alguna vez analicé este trance histórico de la cultura, observando cómo la sociología desalojó en nuestro siglo a la filosofía, cómo la ciencia, después del renacimiento, desplazó —según decimos ahora— al teologismo medieval, conforme a ineluctables imposiciones del desarrollo demográfico de los pueblos cultos, de la misma laya que esa absurda proliferación de la especie los conduce hoy al imperio omnímodo de la tecnología, con desmedro, punto menos que ya insoslayable, de la ideación abstracta y del libre albedrío de las ilusiones.

Por otra parte, nuestra radiodifusión antioqueña adolece asimismo de algunos defectos culturales, mas no sé cómo decirlo que no parezca crítica malignante o apreciación injusta. Por de contado lo saben mis colegas de la publicidad periodística hablada o escrita mi amor y mi fervor por sus labores, y el ningún riesgo de felonía que hay en mis juicios. Mas ello es que este insuperable instrumento de la cultura hállese un tanto débil en Antioquia: apenas si unos cuantos de sus locutores son radiotécnicos, de buena voz y grato ritmo, y por lo que respecta a sus programas, en las horas preferidas por la radiotelefonía universal, o sea, de las ocho a las diez de la noche —horas alfa, en su jerga— solo se les oye un Niágara de avisos de propaganda comercial, de cuñas de discoteca folclórica y de uno que otro cachivache oratorio. Y como esas dos horas son las de que quizás solamente disfruta el asendereado obrero u hombre de negocios para instruirse o informarse del mundo, el malgastárselas en necesidades de confusa opinión o en seudo recreaciones de gusto equívoco, constituye grave improvidencia social y hasta injusticia. Bien me sé, sin embargo, que enmendar estos yerros o carencias es asunto intelectualmente difícil y económicamente oneroso, mas no sería impertinente reunirse en congreso para resolver el caso, ora mediante mayor aportación de capital, ora por virtud de una asociación cooperativa que diluya un poco el gasto de dos o tres programas comunes eminentísimos: el informativo, el instructivo y el recreativo, verbigracia, en hábil dosificación radiotécnica, que ellos anhelan asimismo tanto como yo, o mucho más posiblemente.